JULIO-AGOSTO

Dos meses juntos, con sus correspondientes aires, me pide el Director para este número doble y estival. La dificultad no es invencible. Seguramente que no hay en el año dos meses tan indiferenciados, tan parecidos. El estío triunfa en ambos de un modo intransigente. No es que nos lamentemos de la canícula: tiene su hermosura propia, su validez admirable. Se trata, simplemente, de un cambio de colores y de modo de vivir. Hay una falsa leyenda del verano, lo mismo que del invierno. Exageraciones literarias que llaman inevitablemente crudo *al uno y* calcinado *al otro, con evidente impropiedad. Don Francisco de Rioja, tan sereno, tan imperturbable, supo mirar bien al estío:*

Ya el verano risueño
nos descubre su frente
de rosas y de púrpura ceñida;
viste de hierba el suelo
y de verdor lozano...

Era el ilustre cantor de las flores un partidario feliz—como el que esto escribe—de los calores veraniegos. No quería que pasaran:

¡Oh florido verano!,
si a mi afecto se debe,
camina a lento paso,
deja el volar, deja el volar ligero
para tiempo más triste y más severo.

La recolección de los trigos empieza en julio. Todo se va llenando de luz y de plenitud vital. Lo que la primavera anunciaba con timideces, queda construído y determinado. La piel se vivifica, ya en los campos, como a la moza que decía a Lope de Vega,

Blanca me era yo
cuando entré en la siega;
dióme el sol y ya soy morena,

ya en las playas abiertas a la extensa brisa del mar. En el centro de nuestra España, el verano se muestra implacable, excesivamente luminoso. Un paisaje de verano en Castilla evoca inmedia-

tamente el paso de la mesnada del Cid tal como lo volvió a ver Manuel Machado:

El ciego sol, la sed y la fatiga;
por la terrible estepa castellana...

En cambio, el verano litoral de estos dos meses es doradamente amarillo, pero acariciado por el verde o el azul de la llanura movible del mar. Las pencas se estiran, atormentadas y jugosas, al mismo borde de las arenas brillantes. En algunas de ellas, como un penacho de dulzor concentrado, el fruto de dura corteza que Salvador Rueda retrató con sabrosa burlería:

Doctor es el higo chumbo;
estudia ciencia de espinas
y en el ilustre birrete
le sale borla amarilla.

Son las noches lo mejor del verano. Desde las postreras luminarias del ocaso, cuando se aquieta el rumor de las cigarras, todavía despiertas, pero ya cansadas. ¡Qué bien las oyó Antonio Machado en aquella tarde, cuando

dentro de un olmo sonaba la sempiterna tijera
de la cigarra cantora, el monorritmo jovial
entre metal y madera,
que es la canción estival!

En estos dos meses con nombre de emperadores, al iniciarse la noche se aquieta el mundo en un entresueño largo y confortante. Juan Ramón Jiménez gozó de esta placidez entre las farolas rojas de la retreta de estío:

Los mágicos murmullos de la hora se apagan:
el grillo, la hoja, el agua, el musgo...
Vienen llenas de azul, de ensueño y de deshora,
las vagas brisas de otros mundos.

Hasta el propio José de Selgas, de sugestiones poéticas generalmente menguadas, tiene a su haber una octava real en la que los nocturnos de verano dejan pasar bellamente su apaciguadora serenidad:

Como el ensueño dulce y regalado
que en la fiebre de amor templa el desvelo,
vertiendo en nuestro espíritu agitado
la misteriosa esencia del consuelo,

así, por el ambiente repasado
de estrellas y vapor poblando el cielo,
breves y llenas de feraz rocío
pasan las noches del ardiente estío.

En estas noches se puede hablar de todo, pausadamente, interesantemente. Los grillos mantienen su canto monocorde entre las yerbas. Llega, como un recuerdo grato, el último aroma, ya casi desvanecido, de los cantuesos, los tomillos y las rosas en decadencia, que tienen un perfume tierno y reconcentrado, todo melancolía. Los saltamontes, como briznas vivientes, animan el brillar de la rociada. Refulge la lámina de una hoz, y el día surge entre el pipiar de los gorriones ya gordos y torpes de tanto grano robado en las eras.—José María Souvirón.